

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO VII--TOMO II--NÚM. 13
Director: LIC. RAFAEL REYES SPÍNDOLA.

MÉXICO, SEMPTIEMBRE 23 DE 1900.

Subscripción mensual foránea, \$ 1.50
Idem idem en la Capital, 1.25
Gerente: ANTONIO CUYÁS.



SEÑORA DOÑA CARMEN ROMERO RUBIO DE DÍAZ.

De fotografía tomada recientemente por el Sr. Octaviano de la Mora.

Protegido por el
Assegurado

EL ESCLAVO

(Especial para "El Mundo Ilustrado")

CANTO ÚNICO.

Dió un profundo suspiro, delirante
examinó el revólver homicida
y con puño nervioso y vacilante
escribió á una mujer su despedida:

"Leonor: desde las puertas de la muerte,
que por mi propia mano abrimo espero,
"lo que en el mundo me otorgó la suerte
"voy á decirte con mi adiós postrero.

"¿Soy un cobarde, un criminal, un loco?
"Dejo á la ciencia el discernirlo; y cedo
"al impulso fatal que, poco á poco,
"ha creado en mi alma de vivir el miedo.

"Con faz huraña en ébano esculpida
"y sangre cual los trópicos ardiente,
"en un hogar de esclavos, á la vida
"me condenó el destino indiferente.

"Del látigo del cómitre el chasquido
"me mostró los deberes de la infancia:
"como envidié al condor que desde el nido
"ve con desprecio al hombre y la distancia.

"Del algodón los copos escardados,
"que en mis manos blanqueaban como lirios,
"oyeron mis suspiros apagados,
"y la ruda canción de mis delirios.

"¿Qué á menudo un ministro presuntuoso
"nos rarraba, en el rústico santuario,
"engarzado en lenguaje conceptuoso,
"el imponente drama del Calvario!

"Y allí, con nuestra carne lacerada
"y reventando el corazón de pena,
"repetíamos á coro la balada
"del Niño Dios, en cada Noche Buena.

"¿La redención!... ¿la cruz!... ¿Estéril cuento!
"¿poética visión del afligido!
"vanas palabras que dispersa el viento
"y no van más allá que del oído!

"¿A qué representar á nuestros ojos
"un Canaan vedado á nuestras huellas!
"era hablar de perfume á los abrojos
"y al topo del fulgor de las estrellas.

"Dos lustros yí del sol los resplandores
"dorar el tejaván de mi cabaña,
"las mieses madurar en los alcores
"y derretir la nieve en la montaña.

"¿Purgábamos un crimen ignorado?
"¿quién lo sabe! A la sórdida avaricia
"de un amo cruel, nos arrojaba el hado:
"¿era destino ciego? ¿era justicia?...

"Un día, inolvidable en mi memoria,
"con el pírmer albor de la mañana,
"de "libertad" el grito de victoria
"resonó en las praderas de Luisiana.

"Era que un hombre, corazón de armiño,
"á quien tornó la suerte en poderoso,
"tuvo piedad del inocente niño
"y comprendió el martirio del esposo.

"El baldón descargó del humillado,
"habló de "humanidad" y de "derecho"
"y desgarró el capuz de lo pasado
"con la luz propia de su noble pecho.

"¿Libertad! ¿Libertad! Sin alborozo
"los esclavos los ¡hurras! escuchaban;
"y cual si la emoción ahogara el gozo,
"llorando unos á otros se abrazaban.

"Hallé á mi padre con semblante austero,
"hecho estatua, en la puerta, contemplando

"á los bueyes sestear en el otero;
"mientras, mi madre oraba, sollozando.

"Al ver su llanto, dije:—"madre mía,
"¿qué infortunio tus lágrimas desata?"
"¿nos han vendido acaso?"—"La alegría
"—me respondió—también, á veces, mata."

"—Ya somos libres, ¿sabes? Nuestro ruego
"oyó Dios y ha cambiado nuestra suerte."
"—No ha dicho muchas veces, señor Diego
"que sólo es libre el negro con la muerte?"

"—Por Dios! no digas tal: hoy de la garra
"del capatáz nos arrebató un hombre.
"—¿Un hombre dices? Dame la pizarra,
"quiero aprender á deletrear su nombre.

"—Sí, sí: de un hombre blanco, en la ternura,
"cabida halló nuestro hondo sufrimiento,
"compasión nuestra inmensa desventura
"y fin de los esclavos el tormento.

"Así fué: como el águila altanera
"que los espacios hiende en lontananza,
"abrí las alas y por vez primera
"supe lo que eran patria y esperanza.

"¿Por qué me trajó á tus nativos lares
"como un estigma la contraria suerte?
"¿por qué supe de tu alma los pesares?
"¿por qué mi corazón despertó al verte?"

"Eras madre y esposa; más sabías
"que el falso compañero de tu techo
"traicionaba tu amor, y te morías
"de celos, de tristeza y de despecho.

"Una tarde de Otoño, en la ventana
"miré asomar tu rostro peregrino:
"no estabas triste y tu mirada ufana
"exploraba á lo lejos el camino.

"De pronto apareció por la vereda,
"á trote largo, en alazán brioso
"que levantaba obscura polvareca,
"un jinete arrogante: era tu esposo.

"Fué breve y angustiosa la entrevista
"que escuché sin quererlo tras el seto:
"hiciste tú de mi alma la conquista;
"él puso en mis oídos tu secreto.

"De tus querellas con acento brusco,
"hizo escarnio, en razones oprobiosas:
"era el Sileno del jarrón etrusco
"junto de Ofelia deshojando rosas!

"Al oír sus injurias, quedé yerto:
"testigos de sus viles ignominias,
"fueron no-más los pájaros del huerto
"que libaban la miel de las glocinias.

"No se paró á mirar tu faz turbada
"ni á medir su vergüenza y tu amargura;
"arrendando el corcel, por la calzada
"se marchó cabalgando con premura.

"¿Con qué ansiedad creciente é inaudita
"devoraron tus ojos el sendero
"por donde indiferentes á tu cuita
"se alejaban caballo y caballero!

"Bajo el corintio pórtico cargado
"de hojarasca rugosa y de crisálidas,
"te ví posar el rostro demacrado,
"con laxitud, sobre tus manos pálidas.

"Poníase el sol: sus rayos desiguales
"quebraba, rutilando, en la armadura
"de un guerrero teutón, cuya pintura
"del pórtico adornaba los cristales.

"A mi agitado espíritu, osadía
"trajo la noche; á mi pasión fiera;
"te vi indefensa, y á llamarte mía
"me instigaron la audacia y la torpeza.

"En un raptó de loco ó de menguado
"á que insensato vértigo me indujo,
"asalté tu mansión como un malvado,
"¿yo que tímido fui como un cartujo!

"Iba á cubrir de besos tus mejillas;
"más al verte convulsa y aterrada,
"se doblaron temblando mis rodillas;
"y hui, cuando caíste desmayada.

"No he vuelto á verte desde aquella noche,
"ni cruzaré jamás por tu carrera:
"mi conciencia está exenta de reproche;
"pero vivir sin tí, ¿cómo pudiera!

"De tu desdén, el cárdeno silicio,
"nada ha amenguado mi pasión salvaje;
"y hoy que hago de mi vida el sacrificio
"pido á tu compasión un homenaje.

"Bien sé que ni un sollozo, á mi partida,
"amargaré tu corazón sensible:
"¿separa nuestras almas en la vida
"de dos razas, el odio inextinguible."

Plegó la carta, aseguró la nema,
preparó el arma con afán creciente,
y de la muerte el tétrico problema
asomó entre los pliegues de su frente.

Ya presto á disparar, surgió á su vista
de un anciano la angélica figura;
y le dijo con lástima: "¿Egoísta!
"¿bebes tú sólo el cáliz de amargura?"

—Padre no puedo más; me ahoga la pena,
—contestó al huésped con visible anhelo—
devuélveme al azote y la cadena,
pero dáale á mi espíritu consuelo.

—Yo te dí libertad, y ¿qué la hiciste?
yo te arranqué al dolor: ¿así me pagas?
—¿Qué pude hacer! —¿Lloraste con el triste?
¿Cicatrizaste sus abiertas llagas?

—Si no he aliviado el infortunio ageno,
¡inmenso es el que embarga el alma mía!
—Busca soláz dentro del propio seno:
¡para morir hay tiempo todavía!

Enfrena la pasión que te devora,
dueño sé de tí mismo, y á tu alma
vendrá la paz que tu desdicha implora,
¡sólo en el pecho limpio entra la calma!

Calló la voz; y la visión mentida
que humana forma revistió en la mente
perturbada del misero suicida,
fué desapareciendo lentamente.

Transfigurado y grave, con ternura,
de la fantasma contempló las huellas;
y en su hosca faz, como la noche oscura,
las lágrimas brillaron cual estrellas.

Descargó el proyectil en el remanso;
rasgó la carta y arrojóla al viento;
inmóvil cual esfinge, halló descanso
y el cielo penetró en su pensamiento.

De su espíritu inquieto lo sombrío
partió en alas de mística plegaria;
y con paso, ni presto ni tardío,
se internó en la floresta solitaria.

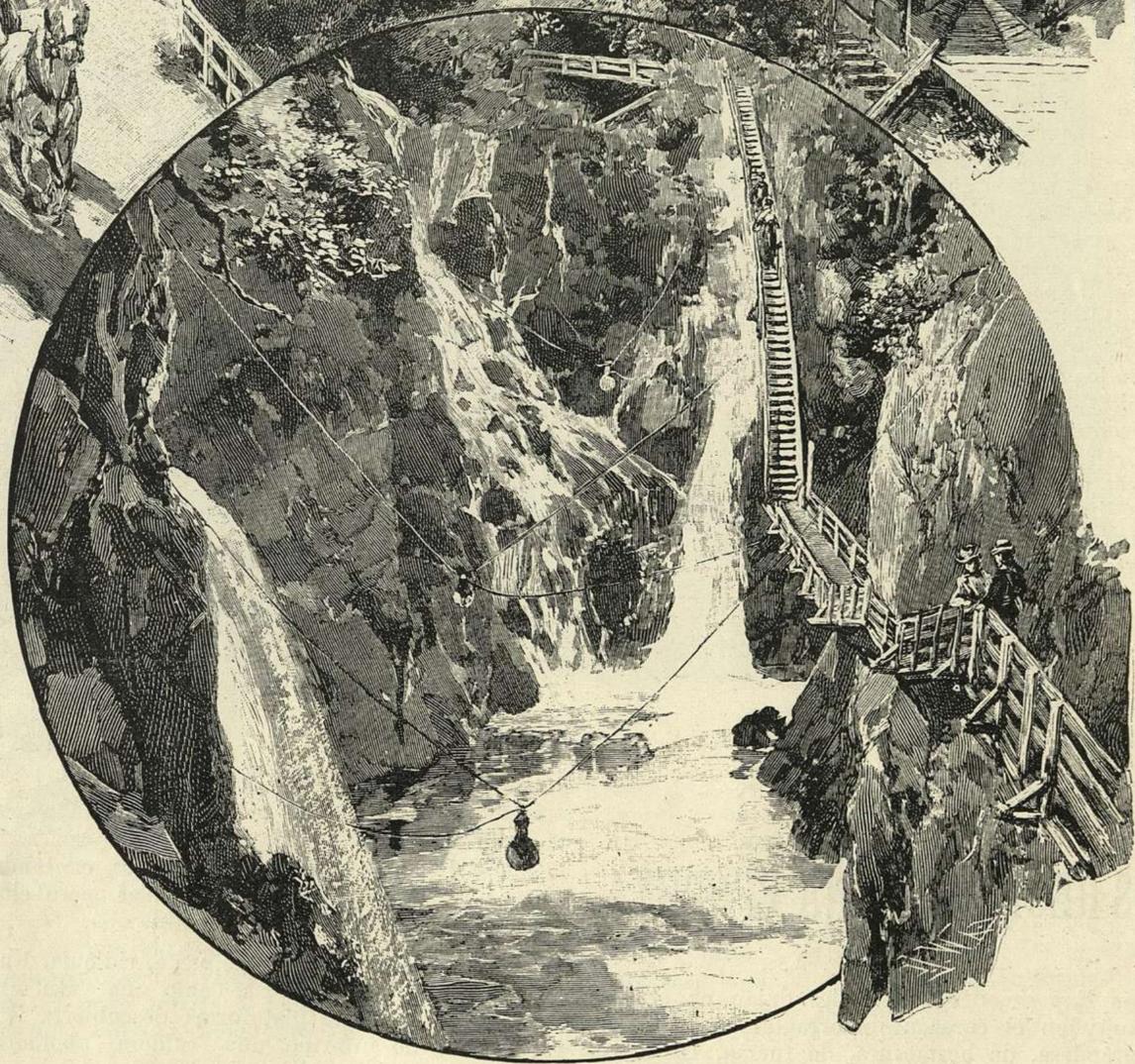
St. Louis Mo., Septiembre de 1900.

Laura Méndez de Cuenca.



Los alrededores de los Alpes.

EL TIROL



El sport alpino, completo, no está al alcance de todos los vigores ni de todas las audacias.

Para escalar los nevados picos de la Jungrau ó del Monte Blanco, necesitase, á más de una absoluta serenidad y de un olímpico desprecio del peligro, una fuerza física suficiente para resistir las fatigas de esas ascensiones. En consecuencia, pocos son aquellos que se atreven á sorprender de cerca las bellezas alpinas, y la mayor parte de los "turistas" se conforman con tocar las vertientes tan sólo de los colosos de nieve. Es cierto que algunos picos de mediana altura pueden ser escalados con toda comodidad y sin peligro alguno, mediante los funiculares que en diferentes sitios se encuentran en explotación; pero tales "paseos" están muy lejos de revestir el verdadero carácter de una excursión alpina, cuyos encantos no radican únicamente en los incomparables horizontes que se ofrecen á la vista, sino también en las peripecias que es preciso sufrir y en los obstáculos que hay que vencer para alcanzarlos.

En las primeras ondulaciones que anuncian el terreno alpino, es donde los cuerpos menos vigorosos y los espíritus menos audaces encuentran campo para ofrecerse, en proporciones más modestas, los encantos del sport alpino, y por tal razón, el Vorarlberg austriaco y el Tirol, llaman año por año á centenares de excursionistas que acuden á "flanear por las montañas y á beber naturaleza," según la expresión del conocido apolo-gista del Tirol, Dr. Christomannos.

Y en verdad que el Tirol es un rinconcillo encantador de tierra europea, cuyas bellezas naturales dejan honda y duradera impresión, en quien las haya visto, porque sus paisajes ofrecen caracteres que no sería posible encontrar en ninguna otra parte.

Aun cuando el Tirol está de lleno dentro de los dominios de la civilización, la banalidad aún no

ha sentado sus reales en sus montañas gigantes-cas ni en sus minúsculos valles, y todavía ofrece el inefable atractivo del reposo absoluto y completo, lejos de todos los ruidos que despiertan bruscamente y que, en el homogéneo adelanto de los pueblos, tienden á igualar todas las regiones y á ir borrando las peculiares notas que el transcurso de los siglos ha impreso en cada comarca.

El apartamiento relativo de la región ha traído como consecuencia que la vida de sus habitantes haya conservado todas esas ingenuidades que encantan al viciado habitante de las ciudades: los tiroleses son francos, leales, inocentes; sus trajes son propios y pintorescos; sus costumbres sencillas y casi patriarcales.

El paisaje del Tirol es una admirable amalgama de paisaje alpino y de paisaje meridional.

Al pie de montañas, cuyas vertientes esmeráldicas deslumbran por la abundancia de su vege-tación para transformarse más tarde en cam-

pos de hielo, se miran boscajes exuberantes, cual sólo los hay en los países del Sur.

Las casucas de madera surgen por doquiera, ya escondidas entre los umbríos arbustos, ya em-pinadas en lo alto de las rocas, en eterno desafío con los precipicios.

Las ascensiones á la montaña tirolesa, en tesis general, son mucho más fáciles que las alpinas propiamente dichas. Pero para el que quiera ejercitarse en mayores excursiones, hay también vasto campo en el corazón mismo del Tirol. Por ejemplo, la ascensión al Grossglockner, la cual, aun para muy experimentados alpinistas, ofrece árduas dificultades.

Ofrecemos hoy á nuestros lectores algunos paisajes tomados al azar de entre los muchos her-mosos del Tirol y estamos satisfechos de haber tratado, siquiera sea someramente, de una co-marca europea encantadora por excelencia, aun-que no figure preferentemente en las guías de

los "turistas" para quienes Europa no es más que un "cartabón" que ni entienden ni profundizan.

Pero tales cualidades no están reñidas con otras, de que no puede prescindir el hombre culto, aun cuando esté enfrente de los más puros goces de la naturaleza: en el Tirol hay cómodos hoteles, buenas mesas, casas de baño, etc.

El veraneo en el Tirol aumenta todos los años de una manera considerable, y con el tiempo es seguro que llegará á hacer una seria competencia á Suiza. El gobierno austriaco manifiesta gran interés hacia esa parte del Imperio.

La "posta" tirolesa es genuina: un carricoche que os conduce entre tumbos y retumbos por las carreteras, al son de cascabeles y al ritmo de la corneta del postillón que aturde el aire con sus melodías y que, cuando se agota la fuerza pulmonar del filarmónico, es substituída por las agudas, guturales notas del canto tirolés, que imita las voces de las aves montañosas.

Llegáis á un poblacho y sus habitantes acuden á veros descender del carruaje y á ofrecer os albergue, al propio tiempo que os encomian las bellezas naturales de su comarca y os aseguran que el buen Dios, al crear la Tierra, tuvo en cuenta colmar de bellezas al pueblo en cuestión, muy especialmente.

En los hoteles encontraréis limpieza y comodidad: nada que sobre y nada que falte, os servirán chicuelas tirolesas, frescas como una hoja de rosa y limpias como el agua cristalina que rebrama sobre las rocas de la comarca.

Y después de una estancia larga en el Tirol, podréis volver á la eterna lucha con ánimo tranquilo y nuevos bríos: lo más que puede dar de sí una región!

Oscar Herz.



LOS RESTOS DE UNA EPOPEYA

Las Exposiciones universales dejan en el espíritu y en el corazón imborrables impresiones de grandeza, de hermosura, de fuerza. En ellas el hombre se manifiesta en todos sus aspectos, en la plenitud de su actividad, en la múltiple expansión de sus energías, capaz de todo, abordándolo todo, desafiando y venciendo todo. En ese caos de invenciones y de sensaciones llega la mente á considerar lo grande como vulgar, lo colosal como mediano, lo sublime como simplemente en medio de ese océano, de ese infinito oleaje de emociones y de ideas, sólo surgen, sólo descuellan, como las cimas de una cordillera sumergida, aquellas que rayan en lo portentoso y en lo sobrehumano.

Dos inolvidables espectáculos han tenido y tendrán, entre tantos otros tan grandiosos, el privilegio de haberme sumido en el estupor de la contemplación, de haberme sugerido trascendentes meditaciones y de grabarse profundamente en mi memoria: la primera locomotora y los restos venerables de la expedición de Nansen. Tienen una y otros el sello punzante de un realismo perfecto. No son copias, dibujos, ni facsimiles, son ellos mismos tales y como salieron de la mano del hombre, ó como quedaran después de

la lucha, hablando por todos sus poros, cantando proezas y conquistas, epopeyas mudas, pero eloquentes, palpitantes, casi vivientes.

La máquina es horrible, deforme, ridícula. Encaramada sobre seis ruedas, como una zancuda sobre sus patas, una plataforma descubierta lleva un hornillo informe, una caldera abollada, una chimenea chaparra y oxidada. A un lado un barril, es un depósito de agua y una cubeta sirve para refaccionar, á mano, la caldera. Del otro un canasto con carbón. Una manija de encino, dos émbolos raquíticos: tal es ese prodigio.

Sólo mirando al microscopio la evolución de un germen pueden encontrarse lineamientos más disparatados, bosquejos más informes, contornos más extravagantes. Aquello parece no poder mantenerse en pie; puesta en movimiento la máquina tambalea, tropieza, suena como un canasto de fierros viejos; causa á la vez risa y espanto; unas niñas, junto de mí, decían: ¡El Coco!

Aquel monstruo atalajado al carro de la civilización lo ha paseado triunfal por toda la tierra. Aquella deformidad es una conquista regeneradora del hombre y que ha cambiado la faz del mundo. Con aquel germen, incubado, desenvuelto, perfeccionado sin cesar por el genio humano, se ha ampliado y extendido el comercio, acrecentándose la producción, centuplicándose la riqueza y el bienestar humanos. Ese ser disparatado y deforme, se alimenta de fuego y devora

tiempo y espacio; sus rugidos despiertan á la civilización á los pueblos aletargados; á su paso se pueblan los desiertos, abren sus entrañas las cordilleras. Sabe volar sobre las cimas como el águila y cavar agujeros como el topo; es á la vez brutal y fecundo y con las cintas de plata sobre que camina, acabará por remachar una cadena de confraternidad y de amor entre los pueblos.

Ante estas consideraciones, aquél monstruo se hace divino; de simple mecanismo pasa á la categoría de Providencia; se reía ante él y se acaba adorándolo, y la piedad y la gratitud humana le levantan un templo, lo colocan sobre un altar, y riegan ante él flores y quemar perfumes y entonan himnos de alabanza.

Si esa reliquia es símbolo del poder material é intelectual del hombre, las que quedan de la epopeya de Nansen lo son de su energía moral, de su valor indómito, de su voluntad incontrastable.

Aquello es también incoherente y deforme; de un lado amontonamiento de harapos; del otro un hacimiento de trebejos. Colgajos de pieles sin curtir son vestidos; un saco agujereado de piel de oso, es el lecho; dos largas latas despostilladas son patines; unos juncos entretejidos y mal atados son el trineo; un estuche de corcho es la piragua, dos ó tres cajas vacías la despensa; unas maderas aguzadas y unos mazos informes son las armas. Nansen comenzó por tenerlo todo

á bordo del "Framm," hasta el confort, hasta el refinamiento, y acabó por no tener sino aquel canasto de traperos. Llegó á comer carne cruda, á beber nieve fundida; y goloso, en medio del desierto de hielo, llevaba su gula hasta fabricarse confitura y juguetillos de boca con el ollín que dejaba en su chimenea de hielo la grasa de foca mal quemada.

¿Qué vellocino de oro tentaba su codicia y le imponía tan crueles torturas y tan grandes sacrificios? ¿Tras de qué tesoro oculto corría desnudo, hambriento, tiritando, acosado por las fieras y atenaceado por todas las inclemencias? ¿Qué iba buscando ese hombre? El polo; es decir, un punto matemático, una abstracción, nada, en suma. Y tras de esa quimera que debía disiparse entre sus manos al llegar, si llegaba, á alcanzar-

la, corrió dos años, escaleó montañas de nieve, surcó desiertos de hielo, navegó sin barco, caminó sin vehículo, combatió sin armas, vivió sin alimento y afrontó sin fruto y sin utilidad la muerte.

¿Qué emociones! Nansen tenía un compañero, Hansen, y varios amigos, sus perros. Llegó un momento en que para mantener á la jauría había que sacrificar á algunos de sus miembros. Nansen, la muerte en el alma, lloroso, él, el impertérrito, llamaba á la víctima, se alejaba con ella adonde los demás perros no lo vieran y la sacrificaba y destasaba. Volvía, generalmente, con las manos llenas de sangre y con un nudo en la garganta y lágrimas en los ojos; le parecía haber cometido un fratricidio. Algunas de las víctimas figuran empajados en la Exposición; son mártires y necesitan mausoleo.

Esfuerzo estéril, diríamos; sacrificio inútil! No; con esos sacrificios, con esos dolores, con esas energías se fundan las ciencias y las artes y se crea la civilización. Sembrar sin saber qué; trabajar sin pensar en qué; estudiar sin imaginar por qué, todo eso es labor útil, fructuosa, fecunda. Cuando no es la flor de hoy es el fruto de mañana.

Y Nansen, yendo delante de sí, tras de un objeto quimérico y noble, sin esperanzas de éxito ni probabilidades de lucro, ha enseñado á los hombres cuál es la verdadera gloria y cuál la verdadera felicidad: Forjarse un ideal, y grande y noble, caminar en su busca siempre, sin descanso y á través de lo imposible. Sólo á esa costa la vida vale la pena de vivirse.

Dr. M. Flores.

LAS FIESTAS DE LA PATRIA.



Arribo del Señor Presidente á los Campos de Anzures.

Anzures, el extenso campo destinado á las maniobras, nota saliente de los festejos del 16, era el lugar donde convergían las multitudes, siempre animosas, siempre rebosantes de entusiasmo.

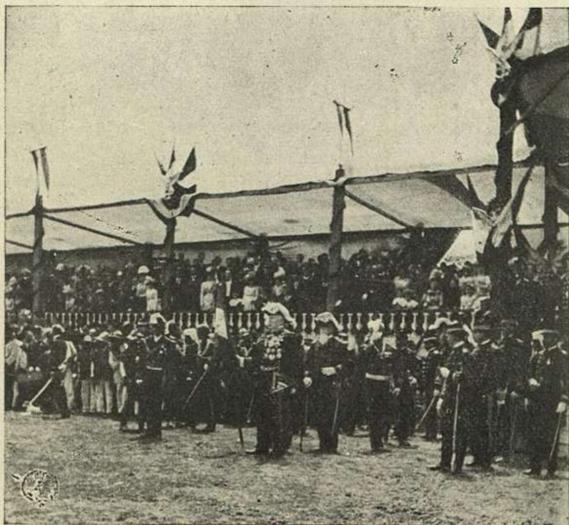
De lejos, desde la anchurosa calzada de la Reforma, se veía manchado el ceniciento horizonte de una mañana de lluvia con la nota tricolor tendida sobre el llano á un lado de Chapultepec y al pie mismo de este histórico edificio. Eran las tribunas destinadas á los invitados.

Acercándose, el golpe de vista de la sencilla construcción, era hermoso, predominaban hasta la festinación en el adorno de ellas los colores nacionales en cortinajes, banderas, airosos gallardetes y aun en las mismas aplicaciones florales, se había buscado el conjunto patriótico.

Con una extensión bien medida para dos mil espectadores, las tribunas formaban un ángulo recto, en cuyo vértice la plataforma de honor daba la nota saliente del adorno, con sus trofeos mili-

tares, sus coronas de brillantes hojas de encino y laurel y sus graciosas escalinatas flanqueadas por artística balaustrada.

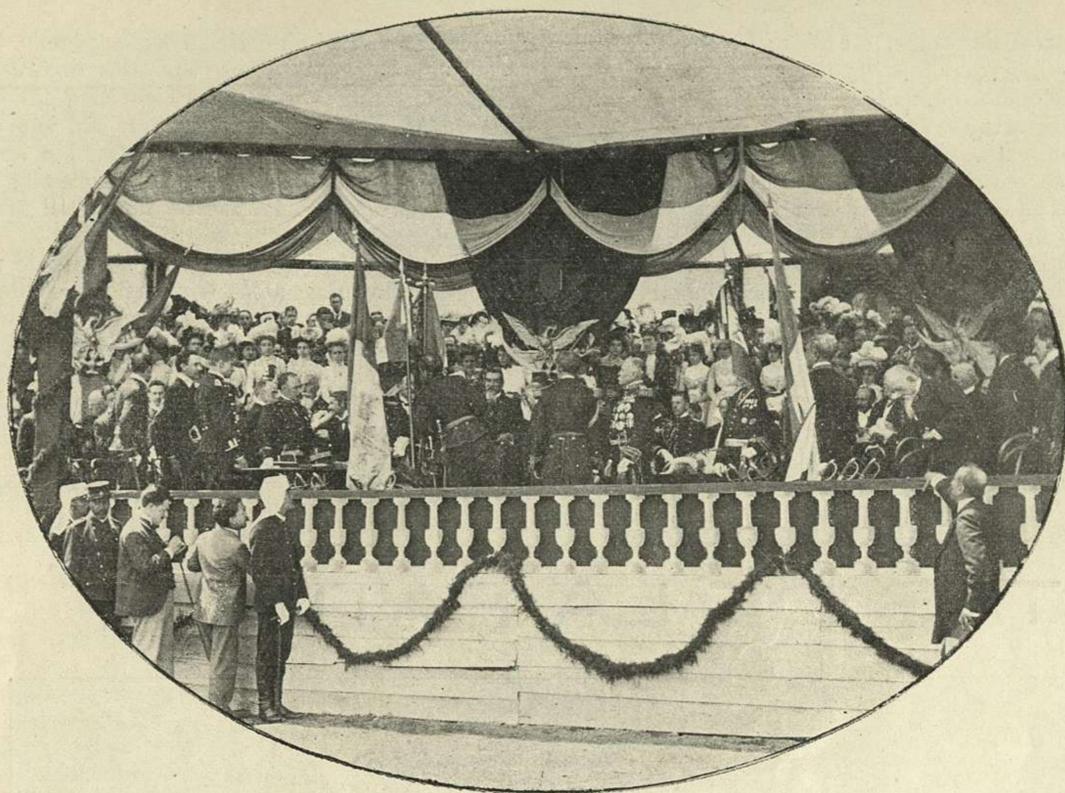
A las diez de la mañana las tribunas habían sido ocupadas por infinidad de personas de las más elevadas clases sociales, y entre las hermosas toilettes de las damas y elegantes trajes de los caballeros, resaltaba la nota de los brillantes uniformes de los militares de alta graduación que formaban los Estados Mayores de las Brigadas y de la División



Entrega de una bandera.



Rurales antes de las maniobras.



Tribunas.

ó que tenían encargos especiales en el acto que iba á celebrarse.

El General en jefe de la División, Jesús Alonso Flores, se presentó en el campo desde á las siete de la mañana, seguido de su Estado Mayor, que se distinguía de los de los Jefes de Brigadas, por los brazales blancos y tricolores que portaban los ayudantes.

A las ocho de la mañana, las tropas comenzaron á ocupar el campo, penetrando simultáneamente á él por los amplios puentes que se construyeron en los ángulos Sureste y Suroeste del llano.

La concentración de las fuerzas en el campo, se hizo en 26 minutos, tiempo considerado como mínimo para la entrada ó colocación ordenada



Caballería



Infantería.

A las diez en punto, un lejano toque de clarín, marcando un punto de atención, indicó la llegada del Sr. Presidente de la República y su comitiva. El toque fué repetido por los clarines de todos los cuerpos, escuchándose á continuación batir marcha, y los acordes del Himno Nacional.

Por el ángulo Suroeste penetró la comitiva, que iba precedida por una sección de gendarmes del ejército, después de la cual penetraron al campo los carruajes que ocupaban los señores Gobernador del Distrito, Guardias de la Presidencia, el Gobernador de Palacio y Jefe del Estado Mayor del Sr. Presidente.

Tras el cortísimo acto oficial siguió la verdadera fiesta militar, ansiosamente esperada, de la que seguramente fué uno de los actos más salientes la imposición de condecoraciones á los militares que se han distinguido por sus servicios en épocas de lucha para la República.

El señor Ministro de la Guerra, Don Bernardo Reyes, fué el primero que recibió la condecoración y placa de constancia y mérito militar de primera clase, siguiendo después muchos buenos y leales soldados, entre los que se encontraba un grupo de indígenas, que vistiendo el humilde traje de la gente del pueblo, vieron caer sobre sus hombros y de las propias manos del Sr. Presidente de la República la condecoración que ganaron en el famosísimo y legendario sitio de Querétaro. Doce eran los indígenas, y cada uno

fué cariñosamente ovacionado por los millares de espectadores que presenciaban la escena.

La protesta de banderas siguió después.

Cuatro eran los cuerpos que recibían una nueva enseña, recogíendoseles la que durante algún tiempo fué el escudo de su honor militar.

Eran los agraciados: el tercer batallón de infantería, y el primero, séptimo y noveno regimientos.

Avanzó en primer lugar el tercer Batallón, llevando una formación correctísima.

En este momento las fuerzas todas que estaban en el campo presentaban las armas y las músicas tocaban nuestro patriótico himno.

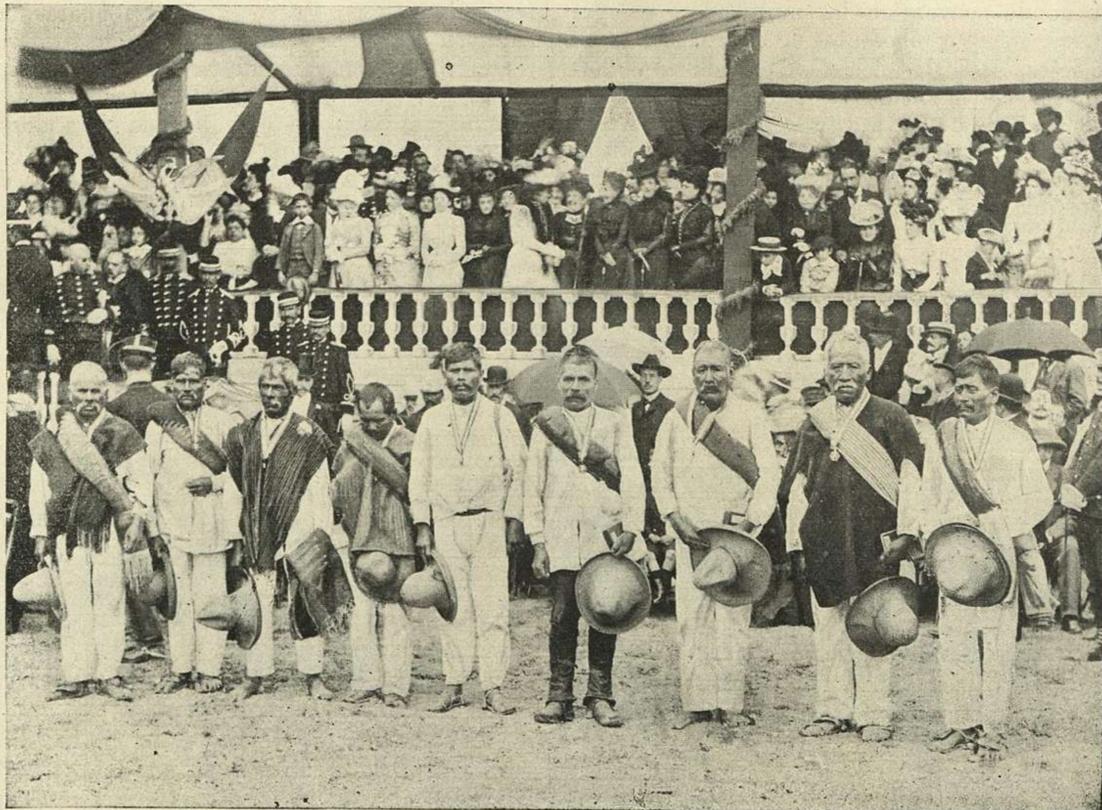
La voz clara, llena y vibrante del señor Presidente, se dejó oír.

—“Señores jefes, oficiales y soldados del tercer batallón,—dijo el Sr. Presidente.—Vengo en nombre de la República, á encomendar á vuestro valor, patriotismo y estricta disciplina, esta bandera que simboliza su independencia, sus instituciones, la integridad de su territorio y su honor militar. ¿Protestáis seguirla con fidelidad y constancia en los combates hasta conseguir la victoria ó perder la vida?”

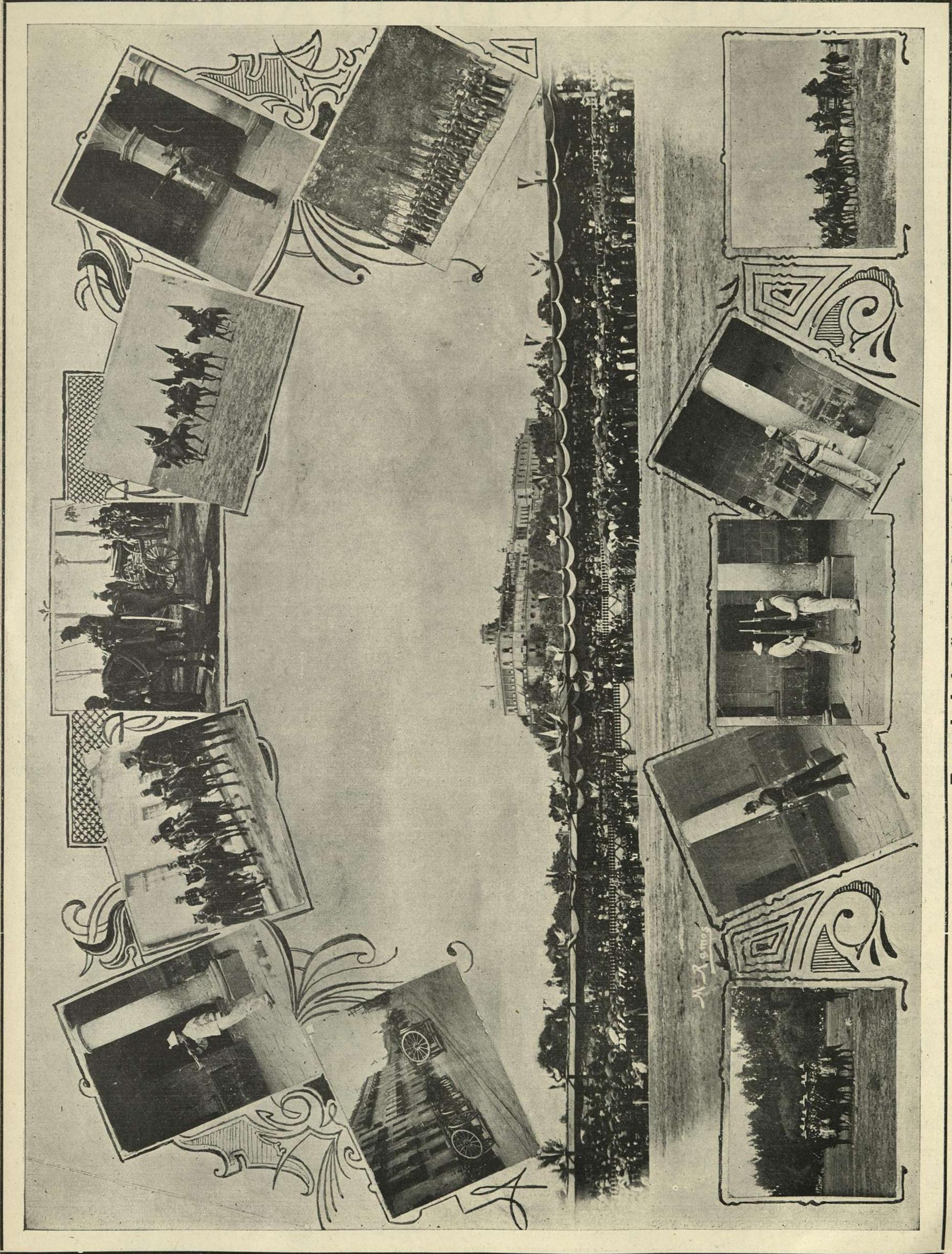
—“¡Sí, protestamos!” gritaron á una voz todos los miembros del Cuerpo, y en seguida el señor General Díaz agregó:

—“Al concederos el amparo de su sombra y el honor de ponerla en vuestras manos, garantizo á la Patria con fundamento de las virtudes militares que os reconozco, que como buenos y leales soldados sabréis cumplir vuestra protesta.”

Nuestros grabados dan una idea del aspecto del campo, de los grupos militares más salientes y de los actos militares de la imposición de condecoraciones y protesta de banderas.



Grupo de patriotas indígenas.



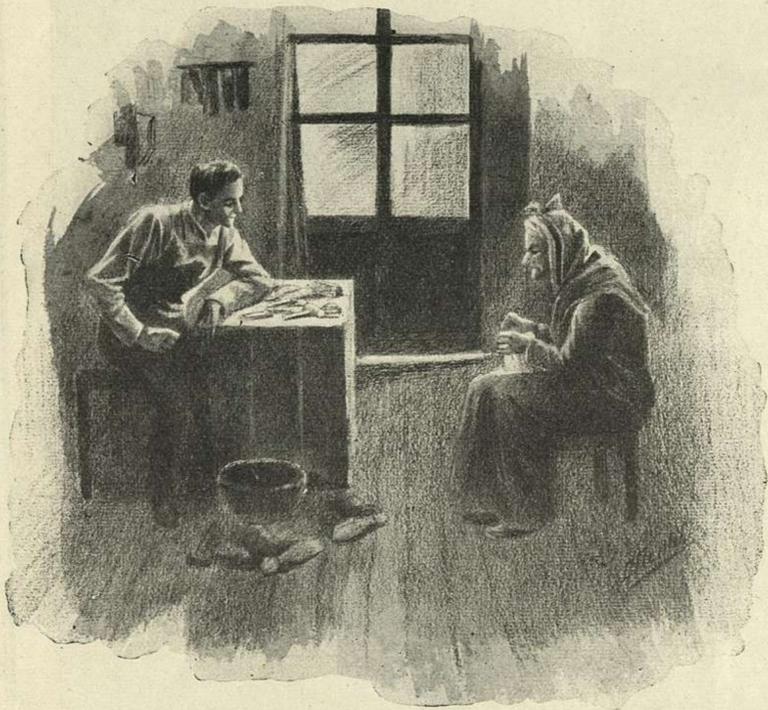
Recuerdo de las fiestas de Septiembre.

CUENTO DE ITALIA.

I

Lucio, el zapatero de viejo, es un joven. Sus primaveras brillan al sol de la tarde. La luz entra en el tabuco, besa el lomo de un angora, perezozo como un viejo poeta, y en la frente á la madre de Lucio, suerte de Margarita anciana, vejezuela adorable, de blancura risueña y sonrisa de amor.

La viejecita hace calceta; el gato sueña un poema de ratones, mientras recibe un baño de sol; Lucio trabaja, junto á la puerta, encapotado el ceño y en la boca un gesto de amargura. De hito en hito, echa ojeadas fuera, á la calle.



Discurren gentes, á las cuales ve el zapatero sin mirarlas. Una mujer, flor de la plebe, gentil de persona, muy maja, cruza rozando su faldellín, de exprofeso, con el quicio de Lucio; y lanza adentro una mirada, insolente como una provocación. El zapatero fulmina su martillo sobre la suela. Al golpe violento la viejecita, asustada, lo reprocha:

—Caramba, Lucio.

Pero nada advierte la anciana. Desde su mullido sitial del fondo, y el pensamiento muy distante, no mira qué pasa en la calle, á su puerta.

La mujer de mirada atrevida como una provocación, repasa. Lucio finge no verla; y asume un aire distraído. La provocadora cruza una vez más; está con un hombre. A la mirada y sonrisa de la hembra, el zapatero responde cantando:

“La donna é mobile
qual piuma al vento.....”

La vejezuela escucha, regocijada, á su hijo. Del corazón de la anciana, como de un nido, salen volando recuerdos. Y no penetra la blanca viejecita cuánto es dolorosa la figura de aquel joven, la pena en el alma, y en los labios una canción fingida.

En alas de aquel canto, el pensamiento de la anciana debió de volar mucho, mucho; porque á la postre volvía como una paloma, trayéndose en el pico de rosa, y en las plumas como jazmines, memorias del hijo ausente, memorias de Genaro, el hijo menor, que hace la guerra en el país de Abissinia. Todos los pensamientos de la anciana ahora se iban, temprano ó tarde, al Africa remota hacia las regiones insalubres donde, su querido Genaro, padece hambre, se abrasa de sol, y se afronta con Menelick.

En el alma de la vieja se debaten la madre y la patriota. Italia y Genaro, después de Lucio, su debilidad, su chochera, constituyen sus amores. Ama á la patria aquella anciana con amor

antiguo. Fué una garibaldina feroz. El culto del héroe lo guarda ella en su corazón. ¡Cómo olvidar que su esposo había muerto besando la camisa roja del General patriota, cuando la “Puerta Pía!”

De repente la anciana interroga á su hijo:

—¿Qué dicen los periódicos, qué dicen de la guerra, Lucio?

El zapatero siguió malhumorado, y le responde á su madre, casi con acritud, el pensamiento fijo en la provocadora, que por unos instantes no cruza más:

—Las últimas noticias son tristes para el ejército. Nada bueno debe de haber, madre. Hace cosa de una semana guardan silencio los periódicos. Y cuando el Gobierno y los papeles no dicen nada...

La viejecita lo interrumpió.

—Han derrotado al cuarto batallón, Lucio; al batallón donde sirve Genaro.

—No madre, cue yo sepa, repone Lucio, arrepintiéndose de haber dicho la verdad á la viejecita.

—Me alegro. Mejor se venga sin combatir el cuarto batallón, antes que lo derroten. ¡Ay, hijo, cómo sufro con la fulana guerra! Sufro por Genaro, que está en peligro, y por el ejército, que está en ridículo. ¡Dejarse derrotar por Menelick! Eso da vergüenza. En mi tiempo era otra cosa, hijo.

Y era lo cierto: el cañón de Mentana la arrulló un día. Garibaldi aparecía siempre triunfador, puesta la camisa roja, ladeada la cachucha militar, entre banderas.

La viejecita recuerda á su esposo; recuerda á Genaro, y prosigue diciendo:

—Tu padre fué un héroe, Lucio. Cayó junto á Garibaldi. Otros tiempos. ¡Qué días! Pero Genaro es hijo de guerrero; él no dará la espalda á los negros del Africa; mientras los oficiales corran, él, pobre soldado, sabrá morir.

La anciana empieza á emocionarse. A sus pupilas asoma la ternura. Su ardor patriótico, su fiera militar, la memoria de su marido, el afecto de Genaro, todo el semillero de sentimiento, corre por sus mejillas en ola de lágrimas.

Lucio no ignora el daño que tales conmociones producen á su pobre vieja. Como se repetían á menudo, en el carácter nervioso de la anciana, el médico previno al joven, diciéndole:

—Tenga cuidado por su viejecita. Esas excitaciones le son muy perjudiciales.

Lucio intenta calmarla. Varias veces le repite:

—No piense más en eso, mamá.

Y se dice á sí propio:

—Porque estoy de mal genio hago sufrir á mi madre. ¡Qué buen bicho!

La vieja no se tranquiliza. De cuando en cuando pronuncia entre sollozos:

—¡Pobre Genaro; pobre hijo mío!

El entrecejo de Lucio encapótase más; su boca mue-

quea una mueca trágica; su mirada se torna lúgubre.

De nuevo principia á cruzar, rozando su faldellín con el quicio del joven, una figura, de mujer, muy concida. Otra vez cae sobre Lucio la mirada insolente como una provocación.

II.

Allá viene Paolo, el pregonero de diarios, calle arriba. El sombrero, casi en la nuca, deja al sol la frente. Corre Paolo de prisa, y con el haz de periódicos al brazo, vocifera:

—“L’Araldo! Ultime notizie dell’Abissinia. L’esercito in rotta. Morte del generale Vicini.”

La multitud lo asedia. Hormigean los curiosos, á los gritos. Todo el mundo sale á comprar el periódico, anhelante de saber cuál suerte cabe al ejército en la remota Abissinia. Los centavos llueven en la bolsa de Paolo. El no se pára un punto; abriéndose camino por entre los lectores, que empiezan á formarse en corrillos, se escurre, calle arriba, corriendo, y gritando:

—“L’Araldo: L’esercito in rotta. Morte del Generale Vicini.”

Los centavos diluvian. El rostro del pregonero se hace radiante; su voz asume sonoridades de clarín. Aquella derrota es un triunfo.

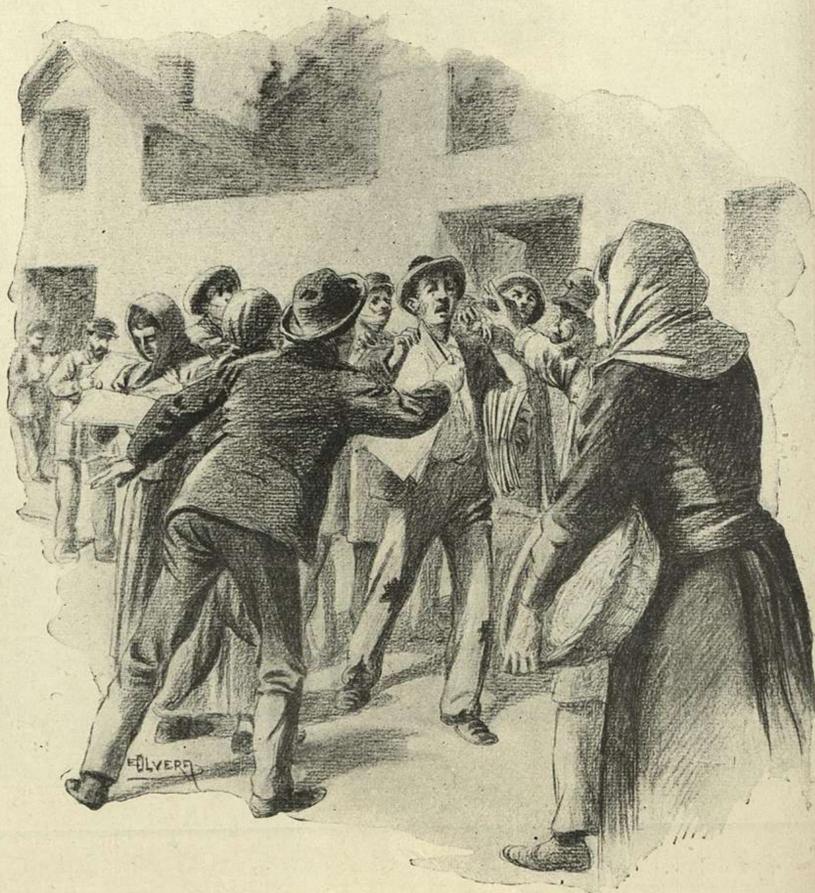
¡Qué diferencia de los días anteriores! No acontecía nada. La semana fué mortal para él. No sucedían cosas de sensación, ni llegaban noticias de Africa. El pueblo comenzaba á olvidarse de su aventura de Abissinia.

¡Cuántas noches llegó Paolo á su desván con una miseria en el bolsillo, extenuado de correr, ronco de gritar, vencido por el cansancio, y triste!

Su madre lo saludaba con un beso, que era casi un reproche. Una lámpara daba su resplandor muriente en el zaquizamí, iluminándolo á medias. A esa luz advertía Paolo las figuras quiméricas de sus hermanitos, moribundos de inanición. Y á esa luz, le parecía más siniestro el dolor en la faz de su madre; más punzadora el hambre de sus hermanos; más espectral aquella casa de miseria.

El no olvidaría la escena de algunas noches antes. Su madre, al entrar él, le preguntó:

—¿Qué traes? hijo.



—Esto, repuso Paolo, enseñándole la palma de la mano.

Y sucedió que la misera se puso á llorar, abrazándose con él; Paolo también rompió á gemir, mientras los chicos, en la penumbra, contagiados por el grupo doliente, estallaron asimismo en lágrimas. En la atmósfera flotaba el dolor. El candil alumbraba con sus claridades equívocas aquella angustia.

Paolo, de súbito, se deshizo de los brazos maternos.

—Oye, madre, le dijo, yo traeré dinero.

—¿De dónde, hijo, de dónde?—preguntaba la temerosa, la desconfiada.

Entonces él la tranquilizó.

—No pienses nada malo, por Dios. Tomaré mis periódicos, saldré á la calle, y anunciaré no-



ticias, muchas noticias, grandes noticias, noticias estupendas. Yo las pensaré, yo las inventaré. Tú verás, madre; tú verás.

Paolo había convencido á su madre. Esta le decía acariciándolo:

—Bueno, hijo, corre; inventa muchas noticias.

Horas después entraba Paolo triunfante en el zaquizamí.

Esa noche se comió; esa noche se devoraron, en forma de queso y pan las noticias falsas de Paolo.

Desde entonces, todas las tardes, al salir el pregonero á su pregón, la buena mujer le hace esta invariable encomienda:

—Inventa muchas noticias, Paolo.

En todo esto viene pensando el pregonero, calle arriba, mientras vocea y reparte su periódico. Entre uno y otro grito habla consigo mentalmente. Y al pensar cómo granizan ahora los cuartos, en la faz se le dibuja la alegría, y sus ojos dicen cosas risueñas.

Hoy, apenas hubo recibido el diario con las noticias de Africa, malas noticias, para él buenas nuevas, corrió á todo correr, camino de su barrio.

Por uno como orgullo de campanario quería él que en su parroquia supiesen, los primeros, las cosas de Abissinia. Además, el barrio es populoso, y aunque humilde, á toda la vecindad le sobra manera de comprar un periódico, siempre que haya noticias de sensación.

El pregonero llega á la plaza de la parroquia. De donde quiera salen caras que le sonríen. Algunos lo interrogan familiarmente:

—¿Qué embuste dice tu papel, Paolo?

Todos los vecinos en el barrio conocen al pregonero; y él conoce á todo el mundo: desde la recién bautizada hija del genovés marmolista, que es la más joven, hasta la madre de Lucio, el zapatero, que es la más viejecita.

Rápido Mercurio, Paolo vuela, echando á los aires su grito sonoro:

—“L’Araldo: Ultime notizie dell’ Abissinia, L’esercito in rotta. Morte del Generale Vicini.”

De los zaguanes, de la confitería, del restaurant, de todas partes salen gentes á comprar el periódico. Los transeúntes, el farmacéutico, el licorista, hasta las mujeres, hasta los muchachos, todo el mundo quiere tener noticias, todo el mundo anhela ver por sus propios ojos, la verdad, la ignominia del ejército; todo el mundo rabia por saber cómo han huído las huestes de Italia, ante las tropas de Menelick.

Lucio, el zapatero, al mirar cómo la gente corre y se arremolina, sale á su puerta. En ese instante se percibe clara, rotunda, la voz del pregonero:

—“L’Araldo: Ultime notizie del Abissinia. L’esercito in rotta. Morte del Generale Vicini.”

El zapatero se demuda. Aquel maldito gritón pasaría un momento después, á la puerta de su tenducho. La viejecita oiría aquellas voces de reclamo; y la angustia, como una serpiente, se enroscaría en el alma de la madre y de la patriota.

El pregonero corre, calle arriba.

Y Lucio oye á su madre que le pregunta:

—Hijo ¿qué pasa? Escucho voces. Me parece que corren.

—Nada, madre; no es nada.

Y se percibe de nuevo el grito de Paolo.

Las manos de Lucio se crispan. Está nervioso. Los pesares de su madre, la infidencia de su querida, los recuerdos de su hermano, la ignominia de sus compatriotas, todo sube aquel momento á sus labios, todo se traduce en este rugido sordo:

—¡Maldito sea!

Entre tanto Paolo ha llegado junto al zapatero, y echa al aire su regocijo, en miradas y en voces:

—“L’Araldo: Ultime notizie dell’ Abissinia. L’esercito in rotta. Morte del Generale Vicini.”

La viejecita da un brinco en su acolchado asiento. Ahora sí escuchó bien distintamente. Lucio la ve desde el umbral, pálido y mudo.

La vejezuela grita:

—Compra el periódico, Lucio.

Y prosigue monologando:

—Ay, Dios, qué nueva desgracia. ¡Por qué no me llevas del mundo! ¿Qué será de mi hijo, de mi Genaro, Virgen Santísima!

A la vista del zapatero se le ocurre á Paolo una mentira sensacional. Nadie ignora por allí que Genaro pertenece al cuarto batallón. A todos, en el barrio, se los ha dicho la viejecita. La costumbre de fingir y contrahacer noticias trae á las mientes de Paolo una mentira estupenda; y allí, en las propias barbas de Lucio, prorrumpie en voz vibrante:

—L’esercito in rotta. Il quarto bataglione...

Pero no puede concluir. Los ojos y la mano de Lucio lo detienen.

—Dame un periódico, ruje por lo bajo el zapatero, asiendo á Paolo de la blusa.

Y nervioso, colérico, empieza á ojear el diario. Paolo intenta zafarse y correr á su pregón; pero Lucio lo detiene. Los espectadores no comprenden qué pasa. Paolo enmudece y palidece de susto.

En el interior del tabuco, la vejezuela, mirando la gente mariposear á su puerta, y angustiada por las voces del pregonero, trata de levantarse, y rueda á los pies de la silla, por el suelo. Al grito y al golpe de la anciana, Lucio vuelve los ojos, y ve á su madre, caída, la frente rota, y la nieve de los cabellos roja de sangre.

Entonces mudo, siniestro, en un instante, á la vista de todos, Lucio agarra á Paolo por el cuello, lo atrae á sí, toma el cuchillo de zapatería y lo encaja furibundo en el vientre del muchacho.



Corre un instante de asombro, de mudez, de estupefacción. Cuando la multitud se echa encima de Lucio, ya él ha corrido á su madre, y besándola, murmura:

—¡Madre mía!

En la acera, Paolo agoniza. También da un

beso á su madre; pero él la besa desde la tumba, con el pensamiento. Y entre tanto la colma á besos, el pobre niño cree oír la voz de su madre, que le dice:

—Inventa muchas noticias, Paolo.

Rufino Blanco Fombona.

Maracaibo 19 0.

VICENTE RIVA PALACIO

“Monja y casada, virgen y martir.”

El solo nombre del Sr. General Riva Palacio, es la síntesis más acabada de una reputación literaria meritisimá y ventajosamente conocida en ambos continentes.

Sus libros y sus cuentos, de forma irreprochable, tuvieron entusiasta acogida en España y América, y sus primorosas novelas tienen, especialmente para nosotros, un encanto más seductor por el sabor local con que fueron escritas y por la parte histórica que en ellas domina.

En el medio ambiente intelectual de la época revolucionaria en que salieron á la estampa las novelas del General Riva Palacio, agotar una edición era un prodigio con que ni siquiera soñaba un editor. Pero “Monja y Casada” y “Calvario y Tabor,” realizaron ese prodigio, y hoy no se encuentran sino en las bibliotecas algunos ejemplares como reliquia de precio inestimable.

Nuestro culto reverente por las bellas letras nacionales y la indicación sincera de algunos de nuestros suscriptores, nos han decidido á ofrecer á los abonados de “El Mundo Ilustrado,” la publicación de “Monja y Casada, Virgen y Mártir,” profusamente ilustrada con magníficos fotograbados tomados del concienzudo pincel de Villasana, el inspirado colaborador del General en el chispeante periódico “El Ahuizote.”

Los dibujos que nos ha hecho Villasana, son dignos de la obra confiada á su labor artística, y tenemos con ellos una satisfacción legítima al poder ofrecerla á nuestros lectores como un homenaje de nuestro cariño literario á la brillante pluma del General Riva Palacio.

Como lo habíamos calculado, la edición de “Don Quijote” se concluirá en lo que falta del presente año, y entre tanto, comenzaremos á dar las primeras entregas de la otra novela.

Al frente de la obra insertamos el retrato del autor, hecho en Madrid en los últimos años de su vida.

Los primeros pliegos se repartirán con el número próximo, sin que suspendamos por esto la publicación de “Don Quijote,” obra de la cual daremos un pliego semanario hasta su terminación, que repetimos será en Noviembre.

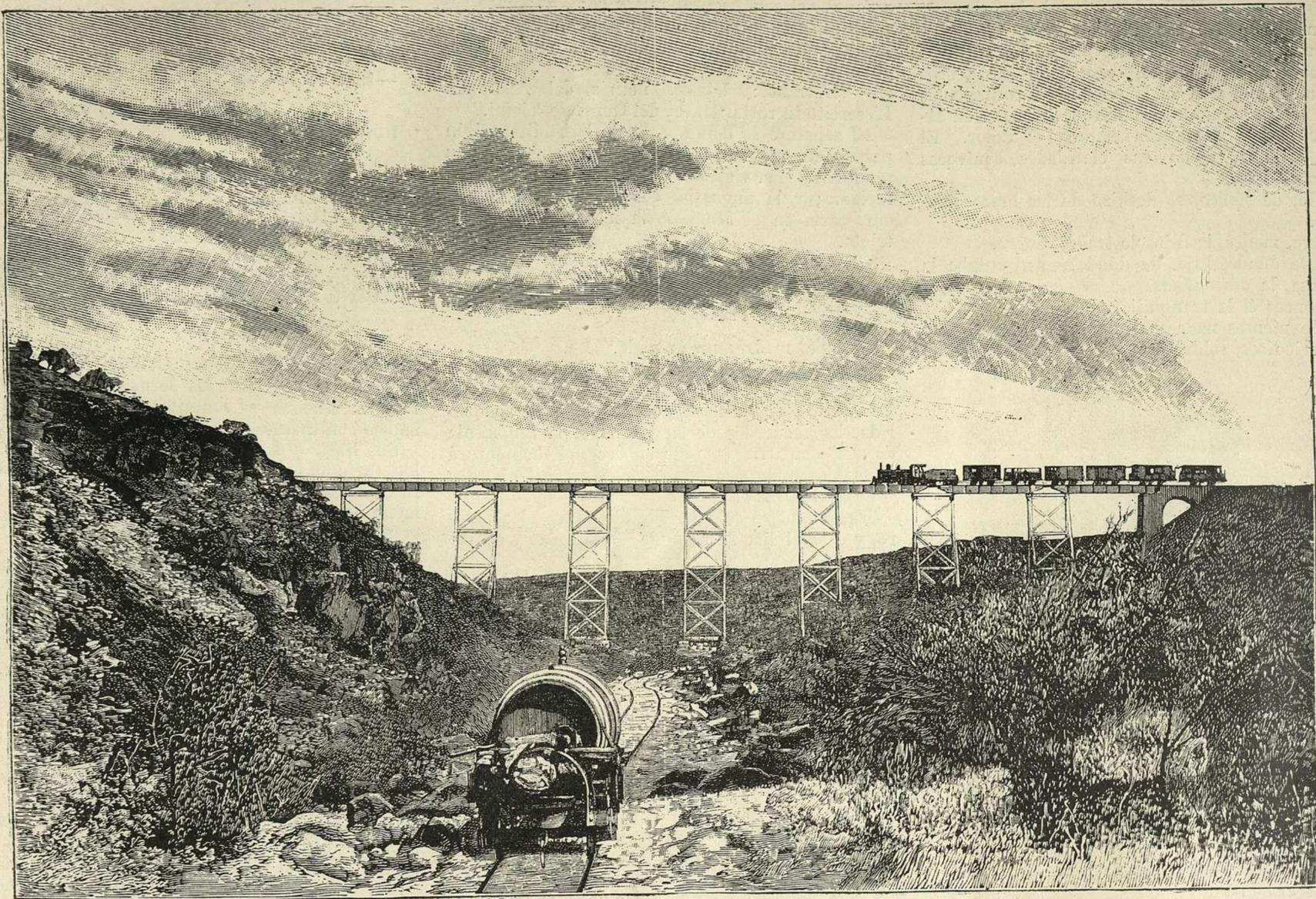
Esperamos que en nuestra elección sea del agrado de nuestros constantes abonados, cuya ilustración no puede dejar de conocer los verdaderos méritos de las obras del Sr. General D. Vicente Riva Palacio.

Á NUESTROS LECTORES.

En el número correspondiente á la semana anterior hicimos mención, accidentalmente, de una magnífica amplificación del retrato de la Sra. Doña Carmen Romero Rubio de Díaz, verdadera obra de arte que se estuvo exhibiendo en uno de los principales establecimientos comerciales de la calle de San Francisco.

Hoy engalanamos nuestro semanario con una copia de la mencionada fotografía, lamentando muy sinceramente que en el pase al grabado haya perdido el magistral trabajo mucho de su mérito, pues es imposible que la prensa tipográfica reproduzca con verdad los innumerables detalles que logró obtener el hábil fotógrafo Sr. Octaviano de la Mora.

En el retrato que nos sirvió de modelo, el claro obscuro es irreprochable, las blondas finísimas del traje se destacan perfectamente y hasta el brillo de la tela de seda se advierte.



Paso de un tren sobre el Holl-Holl.

INAUGURACIÓN DE LOS CAMINOS DE FIERRO ETIÓPICOS

La inauguración oficial del primer tramo de 180 kilómetros de la línea Djibouti-Harar, debió haber tenido lugar el 14 del pasado Julio, pero la compañía imperial de los caminos de fierro de Etiopía escogió otra fecha que no fuera la de la fiesta nacional francesa. La inauguración, pues, fué diferida hasta la semana siguiente.

El 22 de Julio presentaba un aspecto animado la estación de Djibouti. Un tren especial, decorado con los colores franceses y etiopes, esperaba delante de la calle. Estaba compuesto de dos wagones de 1a. clase, de tres de 3a. y de dos furgones. M. Zaborowski, Inspector General de la

Compañía, recibía á los invitados. M. Angoulvant, gobernador de la costa de los Somalis, llegó acompañado del administrador colonial de 1a. clase y de los jefes de servicio administrativos de las colonias.

A la una y media se dió la señal de partida y el tren se lanzó sobre la vía.

En el kilómetro número 7 costó el convoy el río de Ambouli, en que la compañía de aguas de Djibouti ha instalado un inmenso colector que alimenta de agua á la ciudad.

En el kilómetro 18 pasó el tren sobre el puente del Chébélé, excelente construcción arquitectónica.

El "Khmasin" ó viento caliente del desierto comenzó, entonces, á soplar con violencia, mientras que el desierto mismo, con toda su desnudez, desfiló ante la comitiva inauguradora.

En el kilómetro 34 pudieron verse los pocos vestigios del antiguo campamento en que fué recibido, á su regreso de Fashoda, el Coronel Marchand, entonces promovido nuevamente comandante.

Antes de llegar al kilómetro 37, se perdió la línea azul del mar, que se quedaba atrás. En el horizonte, entre las montañas azules de Obock y la línea negra del desierto, al borde del golfo de Tadjourah, apareció una línea blanquecina: era Djibouti con sus tres mesetas madreporicas.

En el kilómetro 37 saludaron al convoy los guardas del campamento, agrupados al rededor de la bandera francesa, mientras que sobre el fondo negro de las rocas basálticas se destacaban los rebaños de carneros blancos.

A las tres y media llegó el convoy inaugural á Holl-Holl,

Obras de la Federación en Tampico

Galantemente invitados por el Jefe principal del Ferrocarril Central Mexicano, para que visitáramos las obras que el Gobierno Federal ha emprendido en Tampico, salimos en tren especial hacia ese puerto, en donde tuvimos ocasión de conocer dichos trabajos.

El principal consiste en el edificio para la Aduana Marítima, cuyo grabado aparece entre los que forman el paisaje que va adjunto. Su fachada principal mide unos ciento setenta y siete pies, por mil veintidos su extensión longitudinal. La construcción fué contratada por la Compañía del Central Mexicano y dió principio en 8 de Julio de 1896 para terminar en los días del corriente mes, debiéndose inaugurar el edificio en ocasión de las fiestas patrias en la localidad. Las grandes bóvedas para el depósito de la carga entrante se pusieron ya en uso hace pocos días y reúnen todas las condiciones que desearse puedan en materia de amplitud, comodidad é higiene. La "loggia" es primorosa en su perspectiva; desde su piso se

dominan las aguas del Golfo y las de los ríos Pánuco y Tamesí, entre los cuales se levanta. La comunicación á la ciudad se hace por un puente de madera que será substituído con el tiempo por uno de fierro y acero. Puede decirse que la ubicación de la Aduana Marítima de Tampico es la mejor; por un lado está bañada por las aguas del mismo Pánuco y por las del citado Tamesí por el otro; el mar queda más allá, á unos seis kilómetros, de manera que el puerto de desembarque se hará en las proximidades del propio edificio, en aguas del Pánuco, valiéndose del muelle que el Gobierno mandó levantar frente por frente de la Aduana.

Los departamentos superiores son confortables y elegantes, adecuados al objeto á que se les destina. Su construcción es suficientemente sólida y hermosa. Sin temor de incurrir en exageraciones, puede decirse que el edificio en referencia es, sin disputa, el mejor en su género de cuantos hay en el país y uno de los más elegantes y lujosos de los similares del Continente Americano.

Otro de los grabados que figuran en el paisaje, representa el gran puente que la misma Compañía del Central Mexicano mandó construir sobre las aguas del río Tamesí, que es uno de los

que desembocan en el Golfo en Tampico. Tiene la particularidad de ser el único giratorio que hay en el país; se desgaja por su centro para dar paso á las embarcaciones de alto bordo, para adoptar la forma ordinaria que tiene cuando pasan los pesados trenes del Ferrocarril Central Mexicano que viene de Tampico.

La cascada del Puente de Dios fué una de las grandiosidades que cautivó nuestra atención; de la Estación de Rascón bajamos unos quinientos pies hasta encontrar allá en el fondo la preciosa caída de agua, no alta, pero sí amplia en su corrimiento de líquido, el cual se despeña sobre un lecho de rocas que va en descenso marcado hasta llegar á un puente también de roca, que se ha encargado de formar la Naturaleza. Esa cascada y otras muchas que hacen los innumerables ríos que atraviesan las tierras de la Huasteca Potosina están ociosas, nada producen, si no es la admiración de los viajeros que visitánlas. ¿Qué más? Aquellos terrenos que son los más exuberantes de la República son enteramente vírgenes, consumen su fuerza productiva sin provecho de nadie.

Figura también en estas columnas el gran Puente de Dios, de que acabamos de hacer cita al tratar de la primera cascada.



La Cascada de El Abra.



El Fuente de Dios.

Los demás grabados muestran las bellezas incomparables que encierra aquella zona privilegiada de la Huasteca y otras perspectivas del puerto y ciudad de Tampico, las que se observan á bordo de los trenes del Ferrocarril Central Mexicano, cuya es, sin duda, la principal y la más hermosa de cuantas hay en la República. Volúmenes enteros invertiríamos en reseñar tales riquezas y en lamentar que la mano del hombre no se haya acercado aún á ellas para explotarlas debidamente y extraer de su seno los incontables productos que las tierras pueden rendir.

Entre el verde esmeralda que tapiza las serranías y valles de la Huasteca se destaca la blancura del balastre del terraplén que sustenta los rieles del ferrocarril Central. Estas obras de balastre contribuyen en gran manera al aseguramiento del camino herrado; su costo es grande, pues que la Compañía ha gastado cuatro mil pesos por kilómetro, solamente en balastre, que por lo que corresponde á la substitución de durmientes y rieles, que son nuevos y flamantes en la mayor parte de la línea entre Aguascalientes y Tampico, el presupuesto se multiplica considerablemente. Los rieles de setenta y seis libras por yarda se han estado cambiando por otros de setenta y cinco libras también en yarda; de manera que no solamente la seguridad, sino la elegancia de este camino se ha asegurado, haciendo que México cuente con un elemento más de distracción, muy superior á cuantos se conocen en el país.

Como si fueran insuficientes esas bellezas de la Huasteca, el puerto de Tampico, la Villa de Doña Cecilia, la Barra, encierran otras tantos encantos para el viajero, por sus nuevas fincas, su gran movimiento comercial que de momento en momento crece y se desarrolla, sus muelles en que de manera constante se labora en la carga y descarga de los numerosos buques que llegan y salen del puerto y que lo hacen ser ahora el primer puerto de tonelaje de la República; sus edificios públicos y particulares entre los que figuran en primera

línea el hospital y las casas de los empleados del Ferrocarril Central.

No nos imaginábamos, al salir de esta capital, hacer un viaje tan agradable por la línea del ci-

por los viajeros; mejor que las cumbres de Maltrata son mejores las de El Abra, como son superiores las variadas perspectivas del camino de Tampico á las de Veracruz. Acerca del tráfico fe-



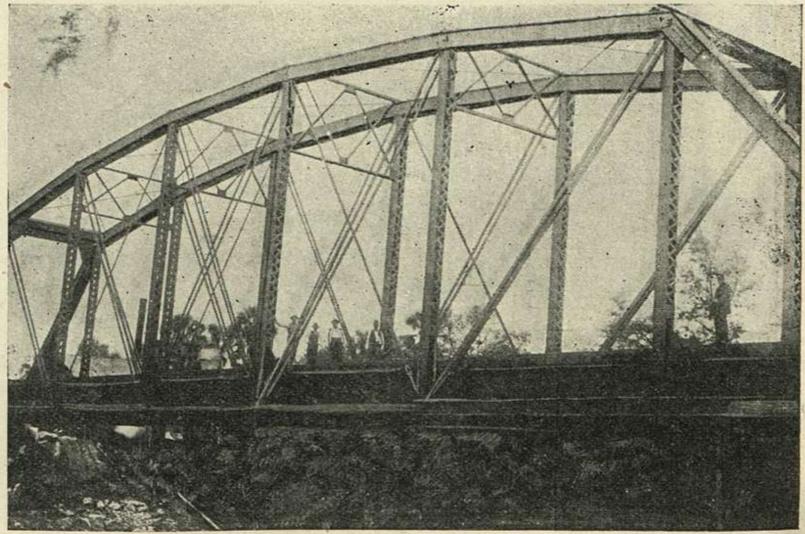
El nuevo edificio aduanal v.sto de frente.

tado ferrocarril; más hermoso es todo aquello de lo que se sabe ordinariamente; todos los puntos que toca la vía herrada son dignos de conocerse

rocarrilero en los dos caminos, se nota más aun la superioridad en el Central que en el Mexicano (de Veracruz).



Interior de una de las bodegas de la Aduana Marítima.



El puente giratorio del F. C. Central Mexicano, sobre el Tamesí.



PROYECTO DE UN MONUMENTO Á LA MEMORIA DE MANUEL ACUÑA,
presentado en la Exposición de París por el artista mexicano Sr. Jesús Contreras.